

esta carta, y confesar con humildad que á lo ménos una vez en la vida cedió en amistad Julia de Wolmar (1).

CARTA 3^a.

DEL AMANTE DE JULIA A LA SEÑORA DE ORBE.

PRIMA mia, bienhechora mia, amiga mia, vengo de la extremidad de la tierra, y traygo lleno el corazon de Vms. Cuatro veces he atravesado la linea, he corrido ámbos hemisferios; he visto las cuatro partes del mundo, he puesto en medio de nosotros el diámetro del globo; he dado la vuelta al mundo entero, y no he podido ni un instante evitar á Vms. En

(1) ¡Que feliz es esta buena Suiza en ser alegre, cuando lo es sin agudeza, sin finura, y sin arte! No sabe los afeytes que entre nosotros son necesarios para que se tolere el buen humor. Ignora que este no se ha de tener para sí, sino para los otros, y que nadie se rie por reirse, sino por recibir aplausos.

balde huye uno de lo que quiere; mas rauda su imágen que la mar y los vientos nos sigue al cabo del universo, y á todas partes adonde vamos va con nosotros lo que nos da vida. He padecido mucho, y he visto padecer mas. ¡Que de malhadados he visto morir. Ay! tanto como apreciaban la vida, y yo sobrevivo á ellos!.... Acaso era yo efectivamente ménos digno de compasion que ellos, las miserias de mis compañeros las sentia mas que las mias, los veia enteramente ocupados en sus penas, y debian de padecer mas que yo. Yo decia: aquí estoy mal, pero un rincon hay en la tierra donde estoy feliz y tranquilo, y á orillas del lago de Ginebra me consolaba de cuanto en el Océano padecia. A mi arribo tengo la dicha de ver confirmadas mis esperanzas; mi lord Eduardo me informa de que disfrutan Vms. ámbas salud y paz; y de que si Vm. ha perdido el dulce titulo de esposa le quedan los de amiga y madre que deben bastar para su felicidad.

Tengo sobrada priesa en enviar á Vm. esta carta para hacerle ahora una circunstanciada descripcion de mi viage; espero hallar en breve otra ocasion mas cómoda. Aquí me ciño á darle á

Vm. una sumaria idea, mas para excitar que para satisfacer su curiosidad. Cerca de cuatro años he gastado en la inmensa travesía de que acabo de hablar, y he vuelto en el mismo navio en que me habia embarcado, que es el único de la escuadra que haya traído el comandante.

He visto primero la América meridional, vasto continente que sujetó la carencia de hierro á los Europeos, y que han convertido estos en un desierto para afianzar su imperio. He visto las costas del Brasil, de donde sacan Lóndres y Lisboa sus tesoros, y cuyos miserables pueblos huellan á sus plantas los diamantes y el oro sin atreverse á poner mano en ellos. He atravesado con propicios vientos los tempestuosos mares que hay bajo el círculo antártico; he encontrado en el mar pácifico las mas horrendas tempestades:

Bajo ignorado polo, en mar dudoso
La onda arrostré falaz, y el viento aleve.

He visto desde léjos la mansion de los pretensos gigantes (1) que solo en esfuerzo son agigantados y cuya independenciamas la afianza su frugal y sencilla vida, que haría su alta

(1) Los Patagones.

estatura. He vivido tres meses en una hierma y deleytosa isla serena y encantada imágen de la antigua hermosura de la naturaleza, y que parece apartada al cabo del mundo para ser asilo de la inocencia y el amor perseguido; pero el codicioso europeo sigue su índole feroz estorbando que la habite el Indio pácifico, y se hace justicia en no habitarla él.

En las riberas de los reinos de Méjico y el Perú he visto el mismo espectáculo que en el Brasil, he visto á sus escasos y desventurados moradores, tristes reliquias de dos pueblos poderosos, abrumados con cadenas, oprobios y miseria en mitad de sus ricos metales, acusar llorando el Cielo de los tesoros de que los ha dotado. He visto el horroroso incendio de una ciudad entera sin defensores ni resistencia. Este es el derecho de la guerra en los pueblos instruidos, humanos y cultos de Europa; no se ciñen á hacer á sus enemigos todo el daño de que puede redundarles utilidad, sino que reputan beneficio todo el perjuicio que sin fruto le pueden hacer. He costeadado casi toda la parte occidental de la América, no sin quedar pasmado de admiracion al ver mil y quinientas leguas de costas, y el mayor mar del mundo bajo

el imperio de una sola potencia, que tiene por decirlo así en su mano la llave de un hemisferio del globo.

Despues de haber atravesado el Océano grande he hallado un nuevo espectáculo en el otro continente. He visto la mas populosa y mas celebre nacion del universo sujeta á un puñado de bandidos; he visto de cerca á este famoso pueblo, y no he estrañado que fuera esclavo. Tantas veces conquistado cuantas embestido, siempre fué presa del primero que se presentó y lo será hasta la consumacion de los siglos. Le he hallado digno de su suerte, sin valer siquiera para quejarse de ella. Letrado, cobarde, hipócrita, y embaidor, hablando mucho sin decir nada, lleno de agudeza sin ingenio ninguno, abundando en signos y estéril en ideas, cortes, cumplimentero, artero, astuto y bribon, ciñendo todas sus obligaciones á ceremonias, toda la moral á muecas, y no conociendo otra humanidad que salutations y reverencias. He aportado á otra isla desierta ménos conocida y mas amena todavía que la primera, donde por el mas cruel azar faltó poco para que nos quedáramos confinados para siempre. Acaso fui yo el único á quien no asustó tan

dulce destierro. ¿No vivo en todas partes desterrado? En este sitio de terror y delicias vi cuanto puede ejecutar la industria humana para sacar al hombre civilizado de una soledad donde nada le hace falta, y volverle á sumir en un abismo de necesidades nuevas.

En el vasto Océano donde tan grato debia ser para los hombres el encontrar con otros hombres he visto dos navios grandes buscarse, encontrarse, embestirse, pelear con furia, como si hubiera sido muy reducido para cada uno de ellos este inmenso espacio. Los he visto vomitar uno contra otro yerro y llamas. He visto en un combate bastante corto la imágen del infierno, he visto los gritos de júbilo de los vencedores que cubrian los lamentos de los heridos y los gemidos de los que morian. Avergonzado he recibido mi parté de un botin inmenso; le he recibido, pero como un depósito, y si fué quitada á infelices, á otros infelices será restituida.

He visto la Europa trasladada al extremo del Africa por los afanes de un pueblo avaro, sufrido y laborioso, que con el tiempo y la constancia ha vencido dificultades que nunca pudo vencer el heroismo de los demas pueblos. He visto los vastos y desventurados paises que solo

á cubrir la tierra de rebaños de esclavos parecen destinados. A su vil aspecto he apartado los ojos con desden, con horror y lástima, y viendo la cuarta parte de mis semejantes convertida en animales para el servicio he gemido de ser hombre.

Finalmente en mis compañeros de viage he visto un pueblo intrépido y altivo, cuyo exemplo y libertad restablecian á mi vista el honor de la especie humana, á quien nada importan el dolor ni la muerte, y que solo la hambre y el fastidio en el mundo teme. En su caudillo he visto un capitán, un soldado, un piloto, un sabio, un grande hombre y por decir acaso mas aun el digno amigo de Eduardo Bomston; pero lo que en el mundo entero no he visto es uno que á Clara de Orbe ó á Julia de Etange se parezca, y pueda consolar de haberlas perdido un corazon que supo amarlas.

¿ Como he de hablar á Vm. de mi curacion? De Vm. es de quien puedo saber si estoy sano. ¿ Vuelvo mas libre, y con mas juicio que me fui? Me atrevo á creerlo así y no puedo afirmarlo. En mi corazon reyna siempre la misma imágen, y Vm. sabe si es posible que se borre; pero es mas digno de ella su imperio, y si no es

ilusion mia reyna en este desventurado corazon como en el de Vm. Si, prima, me parece que me ha sojuzgado su virtud, que soy con relacion á ella el mejor y mas tierno amigo que haber puede, que no hago mas que adorarla como Vm. propia la adora, ó mas bien me parece que mis afectos sin debilitarse se han rectificado, y examinándome con el mayor escrupulo los hallo tan acendrados como el objeto que los inspira. ¿ Que mas puedo decir á Vm. hasta la prueba que me enseñe á juzgar de mí? Soy sincero y verídico; quiero ser lo que debo: ¿ pero como he de responder de mi corazon con tantas razones para desconfiar de él? ¿ soy acaso árbitro de lo pasado? ¿ puedo estorbar que otro tiempo me hayan abrasado mil fuegos? ¿ como con sola la imaginacion distinguiré lo que es de lo que fué? ¿ y como me representaré amiga la que siempre ví amante? Piense Vm. lo que quisiere del motivo escondido de mi anhelo, este es decente y racional, y merece la probacion de Vm. De antemano respondo á lo ménos de mis intenciones. Permitámeme Vm. que la vea, y examineme por sí misma, ó déjeme ver á Julia, y sabré lo que soy.

Tengo que acompañar á Italia á milord

Eduardo y que pasar por cerca de Vm., ¡y no la habia de ver! ¿Piensa Vm. que fuese eso posible? Ha: si tuviese Vm. la inhumanidad de exigirlo mereceria no ser obedecida. ¿Pero porqué lo ha de exigir Vm.? ¿no es aquella misma Clara tan buena y compasiva como virtuosa y prudente que se dignó amarme desde su mas tierna edad, y que hoy que todo se lo debo me amaré mas aun sin duda (1)? No, no, querida y preciosa amiga, prohibicion tan cruda no puede salir de Vm., ni ser para mí; no vendrá á llevar al último ápice mi desventura. Otra vez, otra vez en mi vida pondré mi corazón á las plantas de Vm. La veré á Vm. con su permiso; la veré á ella con el suyo. Vms. sobrado bien saben ámbas el respeto que á ella le profeso, y saben si soy capaz de presentarme á su vista, si me creyera indigno de ponerme en su presencia. ¡Tanto tiempo ha llorado el efecto de su hermosura! ha; contemple una vez el de su virtud.

(1) ¿Que tanto le debe á ella que ha causado las desdichas de su vida? ¿Desventurado preguntador! le debe el honor, la virtud, el sosiego de su amada; se lo debe todo.

P. D. Milord Eduardo se detendrá aquí algun tiempo por asuntos; si me permiten Vms. que las vaya á ver, ¿porqué no he de adelantarme para estar ántes con Vms.?

CARTA 4^a.

DEL SEÑOR DE WOLMAR AL AMANTE DE JULIA.

AUNQUE todavía no nos conozcamos, tengo encargo de escribir á Vm. La mas virtuosa y la mas amada de las mugeres acaba de descubrir su pecho á su feliz esposo. Este cree á Vm. digno de que ella le haya amado, y le brinda con su casa. La inocencia y la paz reynan en ella; hallará Vm. hospitalidad, amistad, estimacion y confianza: consulte su corazón, y si nada halla que le asuste, venga sin recelo. No se irá Vm. de aquí sin dejar un amigo.

WOLMAR.

P. D. Venga Vm., amigo mio, que le esperamos con ansia. No tendré el sentimiento de hacerle un desayre.

JULIA.

CARTA 5^a,

DE LA SEÑORA DE ORBE AL AMANTE DE
JULIA.

(En esta iba inclusa la anterior).

BIEN venido; cien veces bien venido, amado San Preux, porque quiero yo que le quede á Vm. este nombre (1), á lo ménos en nuestra sociedad, que es, creo, decirle claro que no queremos escluirle de ella, á ménos que nazca la exclusion de Vm. Cuando vea por la adjunta que he hecho mucho mas de lo que me pedia Vm. aprenderá á poner alguna vez mas confianza en sus amigos, y á no achacar al corazón de ellos pesares en que participan cuando les fuerza la razon á dárselos á Vm. El señor de Wolmar quiere ver á Vm. y le brinda con su casa, su amistad y sus consejos; no era me-

(1) Nombre que le dió Clara delante de la familia cuando su viage anterior. Véase la tercera parte, carta 14.^a

nester tanto para calmar todos mis temores acerca de su viage, y me ofenderia á mi propia, si pudiera desconfiar de Vm. un instante. Mas hace, quiere sanar á Vm., y dice que sin eso ni Julia, ni él, ni Vm., ni yo podemos ser completamente felices. Aunque espero mucho de la sabiduría de él y mas de la virtud de Vm., ignoro cual será el éxito de esta empresa. Lo que sí sé es que con la muger que tiene el cuidado que quiere tomarse es pura generosidad en beneficio de Vm.

Venga Vm., amable amigo mio, con la confianza de un corazón honrado á contentar el anhelo que todos tenemos de abrazarle y verle satisfecho y tranquilo; venga á su país y con sus amigos á descansar de sus viages y olvidarse de todos los males que ha padecido. La vez postrera que Vm. me vió era yo una grave matrona, y estaba mi amiga muriéndose; pero ahora que está ella buena, y que yo estoy otra vez soltera, me encontrará Vm. tan loca, y casi tan bonita como ántes de mi casamiento. A lo ménos lo que es cierto es que para con Vm. no he mudado, y que daría cien veces la vuelta del mundo ántes de hallar otra persona que le quiera como yo.

CARTA 6ª.

DE SAN PREUX A MILORD EDUARDO.

A mitad de la noche me levanto para escribir á Vm. : no puedo hallar un instante de sosiego. Agitado, arrebatado mi corazón no puede contenerse dentro del pecho; necesita rebosar fuera. Vm. que tantas veces de la desesperación le ha preservado sea depositario de los primeros contentos que de mucho tiempo acá ha disfrutado.

La he visto, Milord, la han visto mis ojos. He oído su voz; sus manos han tocado las mías; me ha conocido; ha manifestado gozo en verme; me ha llamado su amigo, su querido amigo; me ha admitido en su casa; mas feliz que en mi vida he sido, estoy alojado con ella bajo un mismo techo, y ahora que escribo estoy treinta pasos de ella.

Son mis ideas muy vehementes para seguirse unas á otras; se me presentan todas de tropel y se estorban recíprocamente. Voy á detenerme

y cobrar aliento para procurar que haya orden en mi narración.

Después de tan dilatada ausencia apenas me había entregado cerca de Vm. á los primeros rebatos de mi corazón, abrazando á mi amigo, mi libertador y mi padre, cuando pensó Vm. en el viage de Italia, y me le hizo desear con la esperanza de que me aliviaria de la carga de mi inutilidad para Vm. No pudiendo despachar tan breve los asuntos que en Lóndres le detenían, me propuso Vm. que me partiera primero para tener mas lugar de aguardarle aquí. Pedí permiso para venir, le alcancé, me partí de ahí, y aunque de antemano se presentaba Julia á mi vista, pensando que iba á verme con ella, todavía le dejé á Vm. con sentimiento. Milord, desquitados estamos, este sentimiento solo se lo ha pagado á Vm. todo.

Escuso de decir que en todo el camino solo con el objeto de mi viage venia preocupado; pero una cosa notable fué que empecé á ver bajo otro punto de vista este mismo objeto que nunca de mi corazón había salido. Hasta entónces solo me había retratado á Julia brillante como otro tiempo con la hermosura de la primera flor de juventud, siempre había visto sus bellos ojos

animados con el fuego que me inspiraba; sus caros lineamentos solo fianza de mi ventura presentaban á mi vista; y de tal manera se confundian con su cara su amor y el mio, que no podia separarlos. Ahora iba á ver á Julia casada, á Julia madre, á Julia indiferente. Me asustaban las vicisitudes que en ocho años de intervalo podian haber ocurrido á su beldad. Habia tenido viruelas, estaba demudada, ¿ hasta que punto lo estaba? Mi imaginacion se resistia porfiadamente á ver hoyos en esta preciosa cara, y así que veía uno con señales de viruelas ya no era el de Julia. Tambien pensaba en la conferencia que íbamos á tener, y en el recibimiento que me haría. Esta primer visita se retrataba á mi espíritu con mil colores distintos, y un instante que tan presto debía pasarse me ocurría mil veces cada día.

Cuando ví la cima de los montes me latía el corazón con fuerza, al decirme allí está. Lo propio me acababa de suceder en la mar al avistar las costas de Europa: lo propio me había sucedido en Meillerie cuando descubrí la casa del baron de Etange. Siempre está para mí dividido el mundo en dos regiones: una donde ella está, y otra donde no está, aquella se

dilata cuando me alejo yo, y se acorta á proporcion que me acerco como un parage adonde nunca he de llegar; ahora está ceñida á las paredes de su cuarto. Ay! solo este sitio está habitado, y hiermo todo lo demas del universo.

Cuanto mas á la Suiza me acercaba, mas emociion sentía. El instante que desde las emi-nencias del Jura descubrí el lago de Ginebra fué un instante de raptó extático. La vista de mi país, de este país tan amado donde torrentes de deleytes habian inundado mi corazón; el ayre de los Alpes tan saludable y puro; el dulce ayre de la patria mas suave que los aromas del oriente, esta tierna fértil y rica, este paysage único, el mas hermoso que han visto los humanos ojos; esta deliciosa mansion que no habia visto su igual en la vuelta del mundo, el aspecto de un pueblo libre y feliz, lo templado de la estación, la serenidad del clima, mil deliciosas memorias que despertaban todos los afectos que habia sentido; todo esto me causaba rebatos que no puedo describir, y parecia que me restituía de consumo el gozo de mi vida entera.

Cuando bajé hácia la costa sentí una nueva impresion de que no tenia idea ninguna, y era

cierto movimiento de susto que me apremiaba el corazón, y me turbaba contra mi voluntad. Este susto, cuya causa no podía distinguir, iba creciendo á medida que me acercaba á la ciudad, disminuía mi ansia de llegar, y tales progresos hizo finalmente que no me inquietaba ménos mi priesa, que hasta allí me habia inquietado mi lentitud. Cuando entré en Vevey nada ménos fué que grata la sensacion que esperiménté; me embargó una violenta palpitation que no me dejaba resollar, y hablaba con alterada y trémula voz. Apénas me pude dar á entender cuando pregunté por el señor de Wolmar, porque nunca me atreví á nombrar á su muger. Me dijeron que residia en Clarens. Esta nueva me quitó del corazón un peso de quinientas libras; y tomando como una moratoria las dos leguas que por andar me quedaban me alegré de lo que en otra ocasion me habria desconsolado; pero supe con mucha pesadumbre que estaba en Lausana la señora de Orbe. Entré en una posada para cobrar las fuerzas que me faltaban; y no me fué posible tragar un bocado; me ahogaba la bebida, y para apurar un vaso tuve que llevarle veinte veces á la boca. Doblóse mi terror cuando ví que ponian los caballos

para marchar. Creo que hubiera dado cuanto tiene el mundo porque se hubiera roto una rueda en el camino. Ya no veía á Julia; turbada mi imaginacion solo una confusion de objetos me presentaba, y se hallaba mi alma en un motin universal. Conozco la desesperacion y el dolor, y los hubiera preferido á este horrible estado. Finalmente puedo decir que no he sufrido en mi vida mas cruel agitacion que aquella en que me hallé durante esta corta travesía, y estoy convenido de que no hubiera podido aguantarla un dia entero.

Cuando llegué hice parar á la verja, y sintiéndome incapaz de dar un paso, mandé al postillon que dijera que un forastero queria hablar con el señor de Wolmar. Estaba en paseo con su muger. Los avisaron, y vinieron por otro lado, miéntras que yo los ojos clavados en el zaguan aguardaba con mortales zozobras que saliese alguno.

Apénas me hubo visto Julia cuando me conoció. Al punto verme, dar un grito, correr, lanzarse en mis brazos, todo fué una cosa. Al oír este son de voz me da un vuelco el corazón; doy una vuelta, la veo, la siento. ¡O Milord! ó amigo mio!... no puedo hablar... A Dios

sustos; á Dios terror, espanto, respetos humanos. Su mirar, su grito, su semblante me vuelven en un momento confianza, valor y fuerzas. En sus brazos cobro calor y vida; bulle en mí el gozo al apretarlas en los míos. Un sagrado raptó nos tiene en largo silencio estrechamente abrazados, y hasta pasado tan dulce embargo no empezaron á confundirse nuestras voces, ni á mezclar nuestros ojos sus llantos. Allí estaba el señor de Wolmar; yo lo sabia y lo veía: ¿pero que hubiera podido ver? No; aun cuando se hubiera conjurado contra mí el universo entero, cuando me hubiera cercado el aparato de torturas, no hubiera privado mi corazón del menor de sus cariños; tiernas primicias de una santa y pura amistad que llevaremos al Cielo.

Suspendido este ímpetu primero, me cogió de la mano la señora de Wolmar, y volviéndose á su marido le dijo con cierta gracia de inocencia y candor que me dejó pasmado. Aunque es mi amigo antiguo, no te le presento que le recibo de tí, y solo en cuanto le honres tú con tu amistad le dispensaré yo de hoy mas la mia. Si los amigos nuevos son ménos expresivos que los antiguos, me dijo él dándome un abrazo,

tambien serán aquellos antiguos un dia, y no cederán á los otros en cariño. Recibí su abrazo, pero mi corazón estaba exhausto, y no hice mas que recibirle sin volverle.

Pasada esta corta escena noté mirando al soslayo que habian bajado mi cofre, y metido mi berlina en la cochera. Julia me agarró del brazo, y me fui á su casa con ambos, casi sin aliento con el gozo de ver que se apoderaban de mí.

Entónces contemplando mas despacio este adorado rostro que creia yo afeado, ví con amarga y dulce extrañeza que realmente está mas hermosa y mas brillante que nunca. Sus preciosas facciones se han formado mejor aun; está algo mas gruesa con lo cual no ha hecho otra cosa que aumentar su tersa blancura. Las viruelas solo han dejado en sus megillas algunos ligeros vestigios casi imperceptibles. En vez de aquel pudor sufrido que en otro tiempo le hacia bajar sin cesar los ojos, se ve la serenidad de la virtud que en su casto mirar con la dulzura y la sensibilidad va unida; su expresion no ménos modesta es ménos tímida; un estilo mas libre y mas francas gracias han sustituido aquellos modales sin desparpajo, mezcla de

amor y vergüenza; y si la tornaba entónces la conciencia de su culpa mas afectuosa, hoy la de su pureza la torna mas celestial.

Apénas estuvimos en el salon, cuando se salió y volvió á entrar de allí á un instante. No venia sola. ¿A quien piensa, Milord, que traia consigo? A sus hijos, á sus dos hijos mas hermosos que el sol, y que ya en su tierna fisonomia, la gracia y el atractivo de su madre descubrian. Cual me paré á este aspecto, ni puede decirse ni comprenderse; es menester sentirlo. Me embatieron juntos mil contrarios movimientos, y se dividió mi corazon entre mil crueles y deliciosas memorias. ¡O espectáculo, ó dolor! Me sentia desgarrado de tormentos y arrebatado del gozo. Veia, por decirlo asi, multiplicada la que tanto quise. Ay! al mismo tiempo veia la prueba viviente de que ya nada era para mí, y parecia que con ella se multiplicaban mis pérdidas.

Me los traje de la mano. Tenga Vm., me dijo con un tono que me traspasó el alma, esos son los hijos de su amiga, que un dia serán sus amigos; séalo Vm. suyo desde hoy. Al punto las dos criaturitas vinieron corriendo á mí, y haciéndome á porfia inocentes cariños convir-

tieron toda mi emocion en ternura. Los cogi en brazos á uno y á otro, y apretándolos con mi agitado corazon: queridos y amables niños, dige, exalando un suspiro, grande es la obligacion que tendréis que desempeñar un dia. ¡Ojalá que os parezcáis á aquellos que os han dado la vida! ¡ojalá que imiteis sus virtudes; y con las vuestras seais un dia el consuelo de sus desventurados amigos! Encantada la señora de Wolmar se colgó segunda vez de mi cuello, y parecia que con sus cariños queria pagarme las que á sus dos hijos hacia. ¿Pero que diferencia de este abrazo al primero? Con extrañeza lo ví. Una madre de familias era la que abrazaba, la veia rodeada de sus hijos y su esposo, y me la hacia respetar este acompañamiento. En su rostro encontraba cierta expresion de dignidad que al principio no habia reparado; me sentia forzado á tributarle nueva especie de respeto, y casi era para mí gravosa su llaneza, y aunque muy hermosa me parecia, con mas gusto hubiera besado la orla de su vestido que sus mejillas; en una palabra, desde este punto conocí que ó ella ó yo no éramos los mismos, y empecé de veras á prometerme anuncios faustos.

Cogiéndome el señor de Wolmar por la mano

me llevó luego al aposento que para mí estaba destinado: este es, me dijo cuando entramos, el aposento de Vm., que no es el de un forastero, ni será de otro ninguno; y en adelante ó estará vacío, ó le habitará Vm. Inútil es decir si fué para mí grata esta oferta; pero no la merecia aun lo bastante para oirla sin confusión. El señor de Wolmar me libró de la dificultad de darle respuesta, y me convidó á dar una vuelta por el jardín. Tan bien lo hizo que me hallé mas á mi gusto, y tomando entónces el estilo de un hombre informado de mis antiguos errores, pero lleno de confianza en mi rectitud, me habló como un padre á un hijo, y á fuerza de estimacion me quitó la facultad de desmentirla. No, Milord, no se ha equivocado; no me olvidaré nunca de que tengo que justificar la de Vm. y la suya. ¿Pero porqué sus beneficios dejan mi corazón comprimido? ¿porqué ha de ser marido de Julia un hombre acreedor á mi cariño?

Parecia que estaba destinado este dia á todo cuanto género de pruebas se me podian ofrecer. Asi que volvimos al cuarto de la señora de Wolmar llamaron á su marido para no sé que negocio, y me quedé con ella solo.

Halléme entónces en nuevo empeño, el mas penoso y ménos esperado de todos. ¿Que le diría? ¿por donde empezaría? ¿seria osado á acordarle nuestro antiguo trato, y tiempos tan presentes á mi memoria? ¿le dejaría pensar que los habia echado en olvido, ó no me curaba ya de ellos? ¿Que suplicio tratar como estraña á la que en lo íntimo de nuestro corazón llevamos grabada! ¿que infamia abusar de la hospitalidad para decirle razones que ya ella no debe oír! Asi vacilante perdía todo el hilo de mis ideas; echaban fuego mis megillas, no me atrevia á hablar, ni á alzar los ojos, ni á hacer movimiento ninguno, y creo que habria permanecido en este violento estado, hasta la vuelta de su marido, si no me hubiera ella sacado de él. Parece que el haberse quedado á solas conmigo no la incomodó en nada. La misma afabilidad y los mismos modales conservó que ántes usaba; solamente creí que se probaba á estar mas alegre y mas libre, y que no era su mirar tímido ni tierno sino dulce y afectuoso, como para alentarme á cobrar ánimo y salir de un estado violento que no podia ella ménos de conocer.

Me habló de mis largos viages, quería que

le hiciese una circunstanciada descripción, sobre todo de los riesgos que había corrido, y los males que había sufrido, porque no ignoraba, decía, que debía resarcirme los su amistad: ¡Ha, Julia, le digo con tristeza, hace un instante que estoy con Vm., y quiere ya enviarme otra vez á las Indias! No, me dijo riéndose, yo soy quien quiero ir allá.

Le digo que le había dado á Vm. una relación de mi viage cuya copia le traía. Entonces me preguntó con mucho ahínco por Vm. Hábléle de Vm., y no pude hacerlo sin pintarle los tormentos que yo había padecido, y los que le había á Vm. causado. Compadecióse mucho; y en tono mas serio empezó á entablar su justificación personal, y á demostrarme que había sido su obligación hacer todo cuanto había hecho. En mitad de su razonamiento entró el señor de Wolmar, y lo que me dejó pasmado fué que le siguió en su presencia cabalmente como si no hubiera estado allí. Este no pudo ménos de sonreirse conociendo mi pasmo. Así que ella hubo concluido, me dijo: sea Vm. un ejemplo de la ingenuidad que aqui reyna; si quiere ser con sinceridad virtuoso, aprenda á imitarla; este es mi único ruego, y la única lección que

tengo que darle. El primer paso hácia el vicio es gastar misterio en las acciones inocentes; quien gusta de esconderse tarde ó temprano se esconde con motivo. Un solo precepto de moral puede equivaler por todos, que es el siguiente: no hagas ni digas nunca cosa que no quisieras que todo el mundo la viese y la oyese; y yo por mí siempre he reputado por el mas estimable de los hombres á aquel Romano que queria que de tal modo estuviese construida su casa, que vieses sus vecinos cuanto en ella se hacia.

Dos partidos, añadió, tengo que proponer á Vm.; escoja libremente el que mas le acomode, pero escoja uno ú otro. Cogiendo entonces la mano de su muger y la mia, me dijo apretándola: nuestra amistad empieza; este es su precioso vínculo; sea de hoy mas indisoluble. Abraza Vm. á su hermana y su amiga; trátela siempre como tal; cuanto mas intimidad tenga Vm. con ella, mejor pensaré de Vm.; pero viva cuando esté á solas con ella como si estuviera yo delante, ó en mi presencia como si yo no estuviese; eso es todo lo que le pido. Si prefiere Vm. el último partido, puede hacerlo sin reparo, porque, como no me reservo la facultad de advertirle de todo cuanto me dis-

guste, mientras que yo no diga nada esté Vm. seguro de que no me ha disgustado.

Dos horas ántes me habria desasosegado mucho este razonamiento; pero tanta autoridad empezaba á grangearse conmigo el señor de Wolmar, que ya casi me acostumbraba á ella. Volvimos á añadir el roto hilo de la conversacion los tres, y como cada vez que yo hablaba con Julia le diese *señora*: hábleme Vm. con claridad, me dijo, interrumpiéndome su marido, ¿en la conversacion de hace poco decia Vm. *señora*? No, le dije algo cortado; pero el bien parecer... El bien parecer, replicó, es el disfraz del vicio, y es superfluo donde reyna la virtud; no le quiero. Llame Vm. á mi muger Julia en mi presencia, ó *señora* á solas; para mí es indiferente. Entónces empecé á conocer con que hombre las habia, y resolví mantener siempre mi corazon en estado de que pudiese ver sus mas recónditos dobleces.

Exhausto con la fatiga mi cuerpo tenia mucha necesidad de alimento, y de sosiego mi espíritu; en la mesa hallé uno y otro. Despues de tantos años de ausencia y pesares, despues de tan largos viages, decia en una especie de raptó, estoy con Julia, la veo, le hablo, estoy

á la mesa con ella, me ve sin recelo, me recibe sin temor; nada perturba la satisfacción que de hallarnos juntos tenemos. ¡Dulce y preciosa inocencia; nunca habia gozado tus atractivos, y desde hoy solamente empiezo á existir sin padecer!

Al retirarme por la noche pasé por delante del cuarto de los amos de la casa, y los ví entrar juntos; yo me recogí apesarado en el mio, y no fué este instante el mas gustoso de este dia.

He dado á Vm., Milord, cuenta exacta de esta primera visita con tanto ardor deseada y tan cruelmente temida. He procurado meditar desde que estoy solo; me he esforzado á sondear mi corazon, pero dura todavía la agitacion del dia anterior, y no me es posible juzgar tan breve de mi verdadero estado. Todo lo que sé con la mayor certeza, es que si mis afectos á ella no han variado de especie, á lo ménos han variado mucho de forma, que siempre aspiro á ver un tercero entre nosotros, y que temo hallarme solo con ella tanto como ántes lo deseaba.

Dentro de dos ó tres dias pienso ir á Lausana. Solo á medias he visto todavía á Julia, mientras no he visto á su prima; á esta amable y

amada amiga á quien tanto debo, que si cesar partirá con Vm. mi amistad, mis cuidados, mi gratitud, y todos los afectos de que aun es árbitro mi corazón. De vuelta no tardaré en escribir á Vm. mas por extenso, porque necesito de sus consejos, y quiero observarme con atención. Sé mi obligación y la desempeñaré. Aunque tan grato sea para mí el habitar esta casa, estoy resuelto, y juro que si una vez conozco que cobro á ella mas apego de lo que es justo la abandonaré inmediatamente.

~~~~~

CARTA 7<sup>a</sup>.

DE LA SEÑORA DE WOLMAR A LA SEÑORA  
DE ORBÈ.

Si nos hubieras otorgado el plazo que te pedíamos, ántes de irte hubieras tenido el gusto de ver y abrazar á tu cliente, que llegó ántes de ayer y queria irte á ver hoy; pero una especie de curvatura, efecto de la fatiga y del viage, hace que no salga del cuarto, y se ha

sangrado esta mañana (1). Por otra parte, para castigarte estaba yo resuelta á no dejarle partir tan breve, y no tienes mas que hacer que venirle á ver aquí, ó te prometo que no le veas en mucho tiempo. Pues bien pensado estaria eso que viera ahora separadas á las inseparables.

De veras, prima, que no sé que vanos temores me habian obcecado el entendimiento acerca de este viage, y tengo vergüenza de haberme opuesto con tanto tesón á él. Cuanto mas miedo de verle tenia, mas sentimiento tendria hoy de no haberle visto, porque ha disipado su presencia los recelos que todavía me quedaban, y que podian llegar á ser legítimos á poder de ocuparme en él. Léjos de que me asuste el afecto que á él en mí siento, creo que desconfiaría mas de mí si le quisiera ménos; pero le amo tan tiernamente como ántes sin amarle del mismo modo. De la comparacion de lo que al verle experimento, y lo que ántes experimentaba saco lo seguro de mi estado actual, y en tan diversos afectos se hace sensible la diferencia en proporcion de su viveza.

(1) ¿Porqué sangrado? ¿es moda también en Suiza?